

## Reseña de libros

AMES, Patricia y Vanessa ROJAS, 2012, *Podemos aprender mejor. La educación vista por los niños*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos. 248 pp.

La investigación en el campo educativo está teniendo un empuje significativo en los últimos años y los frutos son cada vez más variados y pertinentes. En este texto Patricia Ames y Vanessa Rojas se refieren a uno de los actores claves del sistema educativo: los y las estudiantes. Estos «receptores» de la educación escolar figuraron de manera central en las primeras oleadas de investigación educativa en el país, incluso en épocas cuando el propio sector, a través del Instituto Nacional de Investigación y Desarrollo de la Educación (Inide), producía la mayor parte de los estudios que procuraban guiar las políticas educativas. Este corpus fue construido principalmente por psicólogos que usaban mediciones psicométricas a los alumnos como su herramienta predilecta. Desde entonces, el peso de las ciencias sociales –sociología, antropología, economía, administración, ciencias políticas y políticas públicas– ha aumentado notablemente en las investigaciones sobre el proceso educativo. Este hecho refleja un nuevo consenso acerca de la multiplicidad de determinantes de los resultados educativos y la necesidad de tratar a los estudiantes como sujetos de procesos sumamente complejos que toman lugar dentro y fuera de los centros educativos.

Ames y Rojas son antropólogas y es desde la antropología que ellas abordan su tema: las percepciones de niñas, niños y adolescentes sobre la escuela primaria y secundaria en la cual están incorporados. Las autoras eligieron cuatro regiones contrastadas –Lima, Piura, Ucayali y Ayacucho– y realizaron indagaciones en escuelas urbanas y rurales en cada una de ellas. Los datos que aporta la investigación nos acercan, por lo tanto, a una gran variedad de contextos que marcan diferencias fundamentales en el Perú, sea cual fuere la cuestión bajo estudio. Además, permiten visualizar a estudiantes de lengua y cultura indígenas en los Andes y en la Amazonía central; muestran los efectos del aislamiento, la falta de inversión y la discriminación en las zonas rurales; y presentan algunos de los

factores que siguen impidiendo una mejor calidad de educación incluso en contextos relativamente privilegiados como la capital, Lima.

¿Cómo acceder a las percepciones de niños, niñas y adolescentes sobre una institución que ellos saben determina gran parte de su éxito en la vida? Las autoras comenzaron con un gran desafío metodológico. Los estudiantes consultados tenían que sentirse en libertad, autorizados y respaldados para expresar sus opiniones frente a sus escuelas, maestros, autoridades y también frente a sí mismos y a sus compañeros y pares. Se optó por un conjunto de técnicas que, antes que cualitativas propiamente, pertenecen a la corriente de los diagnósticos rápidos. Los estudiantes dibujaron, representaron y discutieron en grupo la infraestructura y el equipamiento de su escuela, la forma de trabajar de los docentes y su rol como alumnos. El análisis permite vislumbrar tendencias generales y también algunos contrastes importantes. Las desventajas de las escuelas rurales son evidentes no solamente a nivel de la estadística sino también en las percepciones de los estudiantes que están condenados a usarlas.

La docencia y la pedagogía son las cuestiones centrales para el sector educación, que no termina de resolver problemas elementales de la selección, formación, soporte y evaluación del profesorado de la educación básica. Los estudiantes hablan largamente sobre las formas de enseñanza que han experimentado y sobre cómo han vivido y entendido sus propios procesos de aprendizaje. Una idea fuerza es la paciencia que reclaman a los docentes. Así, los estudiantes transmiten una visión de maestros y maestras apuradas, que dictan clases mecánicamente y poseen escasos recursos para la explicación o la traducción de conceptos en términos comprensibles para sus alumnos. También se alude a las reacciones negativas de los estudiantes frente a contenidos incomprendidos cuya relevancia no queda demostrada, reacciones como aburrirse, distraerse, querer jugar, portarse mal en la clase y, finalmente, abandonar la escuela antes de tiempo.

Sobre estos puntos, necesitamos extender el estudio de Ames y Rojas en el tiempo y saber más acerca de la educación como un proceso acumulativo. El interés, el sentido de relevancia y la comprensión de la lección de hoy dependen en parte de los años anteriores de construcción de un andamiaje para su interpretación y utilización. Sería mucho pedir que los estudiantes, especialmente los niños y niñas de menor edad, pudieran conceptualizar cuestiones relacionadas con el currículo y su organización que son de la incumbencia de especialistas en la materia. Las percepciones de los estudiantes necesitan traducirse, pero eso no les quita validez como expresiones de las fallas que afectan al sistema educativo.

Algunos de los acápites más interesantes del libro tratan sobre las actividades de los estudiantes fuera de la escuela y lo que ellos perciben como fuentes extraescolares de

aprendizaje. Queda claro que muchos niños, niñas y adolescentes combinan la asistencia escolar con una fuerte carga de trabajo que los hace colaboradores fundamentales en sus casas: tareas domésticas, cuidado de hermanitos y familiares adultos y generación de ingresos. Los estudiantes reconocen que se aprende en la casa, el trabajo, la calle y las cabinas de internet. Sin embargo, la mayoría de sus comentarios al respecto reflejan un menosprecio hacia esas fuentes de conocimiento e incluso les dan un signo negativo.

Para un adolescente limeño, el internet es un «mal necesario». Sería muy difícil hallar una actitud remotamente similar entre colegas de Europa o Norteamérica o vastas zonas de Asia. ¿Por qué la asociación de un poderosísimo instrumento de exploración y autoinstrucción con el vicio y la perdición? Para los estudiantes peruanos, la escuela mantiene un monopolio absoluto de conocimientos valiosos y legitimados. Probablemente se mezclan aquí ciertas experiencias dolorosas: altas exigencias de participación en economías de subsistencia que no parecen ofrecer mayor futuro, dificultades para reunir el dinero para poder acceder a computadoras e internet, lucha para poder cumplir con las demandas de los profesores de entregar hojas impresas, poca guía para orientarse en el mundo de la educación informal.

Finalmente, lo que los niños, niñas y adolescentes del estudio parecen transmitir es una visión del conocimiento como una cuantía fija y un universo determinado. Se accede a él (o se fracasa en el intento); no se le construye, ni se debate, ni se transforma. Los laboratorios, su equipamiento y la disposición de los docentes para liderar actividades de investigación no figuran entre las evaluaciones de los estudiantes con respecto a la infraestructura escolar y las formas de enseñar. Y sus discursos acerca del buen estudiante giran alrededor de la obediencia y el orden, no de la capacidad para cuestionar y recrear el conocimiento. Ahí es donde el lector del libro de Ames y Rojas sospecha que existen capas más profundas de la subjetividad de los estudiantes donde habitan insatisfacciones y también aspiraciones que no podrían explorarse por medio de las técnicas de los diagnósticos participativos y la observación en el aula. Ninguna investigación agota su tema. Con el presente gran aporte, el reto está planteado para quienes se animen a profundizar en las percepciones y afanes de los y las escolares en el Perú.

Jeanine Anderson

*Pontificia Universidad Católica del Perú*